

## UNA GEOGRAFÍA IMPERIAL: *VIEJA ESPAÑA*, DE JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA<sup>1</sup>

ANDREU NAVARRA ORDOÑO  
Universidad de Barcelona

*Vieja España* fue publicada en 1907 por la editorial madrileña Sucesores de Hernando. En *Nuevos retratos*, texto publicado veintitrés años después, el autor nos ofrece la interesantísima historia de este libro. La crónicas que lo componen provienen de unos artículos sobre Burgos publicados entre el 20 de agosto y el 3 de diciembre de 1906 en *Los Lunes del Imparcial*, una de las tribunas públicas más prestigiosas por aquel tiempo. Salaverría fue presentado a Benito Pérez Galdós aquel mismo otoño, en la redacción de *España nueva*, el periódico dirigido por Rodrigo Soriano.

Galdós dio el espaldarazo definitivo a Salaverría para que iniciase su carrera literaria elogiando sus impresiones castellanas, buscando un editor para *Vieja España* y, lo que aún fue más importante, prologándolo con un extenso texto que analizaremos pormenorizadamente. Antes de conocer a Galdós, como ya indicamos en nuestra introducción, nuestro autor había intentado tardíamente subir al tren de la literatura regeneracionista de tipo más radical, escribiendo incansablemente a Unamuno y solidarizándose con la detención<sup>2</sup> y los ideales del joven Martínez Ruiz. Entre la ayuda prestada por Galdós y la confianza que el periódico *ABC* depositó en Salaverría, pudo éste convertirse en un escritor autónomo capaz de enfrentarse, siete años más tarde, a los escritores por entonces hegemónicos, sin perder ni un ápice de independencia en su defensa a ultranza de los valores nacionales.

<sup>1</sup> El presente trabajo es resultado de un estudio sobre la obra literaria y periodística de José María Salaverría para el cual el autor ha recibido una Beca Predoctoral de Formación al Investigador de la Generalitat de Catalunya (AGAUR – DURSI). Este estudio, realizado en el Departamento de Filología Hispánica – Sección Literatura de la Universidad de Barcelona forma parte del Proyecto de Investigación «Historia de la Crítica Literaria Española (1789-1975)», coordinado por Adolfo Sotelo Vázquez.

<sup>2</sup> El periódico *El País* recogía, el 10 de agosto de 1904, el curioso suceso de la detención de Martínez Ruiz en Ontaneda, durante la visita de Maura a la localidad. Al parecer, la policía lo confundió con un anarquista potencialmente peligroso o bien lo detuvo deliberadamente. El autor alicantino, por aquel entonces ya simpatizante de las ideas conservadoras, cubría el evento para la revista *España*.

El curioso Prólogo galdosiano fue escrito en San Quintín (Santander) en diciembre del mismo año 1907. En sus primeras palabras, Galdós explica cuál es la afinidad espiritual que le une con Salaverría, en principio un autor tan incompatible con su liberalismo y su republicanismo: según el autor de *Fortunata y Jacinta*, tanto las Canarias como la Vasconia salieron beneficiadas del contacto con los castellanos, puesto que éstos colonizaron y civilizaron sus tierras integrándolas a Europa. Una común «devoción filial ante el desolado taller de nuestra historia» funde sus ideologías. Igualmente, el dolor por la postración y la decadencia actuales de la antigua potencia civilizadora une a los dos autores en un llamamiento a la regeneración.

El siguiente punto a destacar es la nostalgia de la Edad Media que expresa Galdós:

Ya no quedan ni huellas de aquellos reyes populares, asendereados y vagabundos que gobernaban andando, convocaban Cortes donde mejor les placía y se alojaban en palacios particulares ó en conventos; soberanos tan despreciadores de la comodidad y magnificencia, que nunca pensaron en establecer capital [Pérez Galdós, 1907: VI].

Galdós aparece en estas páginas como un autor que trata de adaptarse a los valores de los escritores jóvenes, por ejemplo, dejándose arrastrar por la poética de la ascesis propia de Salaverría, enfrentada a toda noción de progreso liberal, positivo o tecnológico, realizando un elogio de la austeridad vital. Fieles al carácter castellano, los ricos vivían pobremente, y por eso se les tiene que elogiar como a modelos de virtud. Siguen a estas consideraciones sobre la esencia de Castilla una descripción geográfica de la meseta y una explicación centrada en la antigua Burgos, el objeto de la obra prologada.

Galdós se deja entusiasmar por un tipo de argumentación típicamente salaverriana y por un tono *a priori* muy poco galdosiano: «Esto de que anden por el mundo muchas personas que aseguren haber visto los huesos del Cid, es una profanación de la Historia, y el mayor escarnio que puede hacerse de la dignidad de un pueblo [Pérez Galdós, 1907: XI]». No son nada nuevos el patriotismo liberal que se encontró siempre detrás de obras como *Gerona* o *La de San Quintín*, lo novedoso es la atención dispensada a las gloriosas clases aristocráticas de la vieja España.

Es Galdós quien anima a Salaverría a construir todo un sistema de obras que respondan a su recomendación de recuperar el carácter esencial de la nación. Es muy posible que el éxito obtenido con las impresiones de Burgos reorientara toda la obra de Salaverría, cuyo único ciclo unitario de artículos periodísticos se había centrado, hasta el momento, en San Sebastián, con los 58 artículos publicados en 1904 en *El Gráfico*.

El escritor vasco que hoy nos da tan hermosa y verídica impresión de la tierra burgalesa y del ciclo épico, bien podría emprender el estudio de las tierras que llamaremos dramáticas por la violencia pasional de aquellas luchas, y por

el personal mixto de pueblo y nobleza que en ellas intervino [Pérez Galdós, 1907: XIII].

Galdós se muestra entusiasmado con la labor de Salaverría y la de «otros jóvenes escritores y poetas que gustan de husmear en las ciudades viejas, para que desentrañen la existencia ideal y positiva del pueblo castellano» [Pérez Galdós, 1907: XIII]. Esta actitud demostraría una atención receptiva hacia las obras de Unamuno (*En torno al casticismo*, cuyos cinco ensayos fueron publicados en *La España Moderna* en 1895) o las de Azorín (*El alma castellana*, de 1900; *La ruta de don Quijote*, de 1905; *Los pueblos*, del mismo año). En su imitación de los grandes estilistas del paisaje finiseculares, muestra todo su virtuosismo en la descripción de Medina del Campo, su plaza, el castillo de la Mota y sus alrededores, que le sugieren un mar endurecido y convertido en piedra.. El propio Azorín destacó estas páginas y las antologó en su libro *El paisaje de España visto por los españoles*, calificando el prólogo de «extenso y hermoso» [Azorín, 1946: 59]. Lo sorprendente en Galdós no es el virtuosismo ni la atención a los detalles paisajísticos, sino las digresiones y las narraciones de viajes sin hilo conductor, la buscada apariencia de haber escrito a vuelapluma y, sobre todo, el desdén hacia cualquier orden discursivo. La narración enternecida de leyendas evidencia un gusto no por la vida cotidiana en los siglos pasados y evocados, sino la afición romántica a las creaciones fantasiosas del pueblo. La historia de Gabriel Espinosa, el pastelero de Madrigal de las Altas Torres que suplantó al rey de Portugal Don Sebastián, nos retrotrae a la obra *Traidor, infeso y mártir*, del siempre admirado Zorrilla, y las obras de teatro del Siglo de Oro. Ocupa varias páginas la evocación del polígrafo Alonso de Madrigal, «El Tostado», autor en latín de prolijidad proverbial.

Luego, la historia de Isabel la Católica y la descripción de los años finales de Juana la loca en Tordesillas vienen a rematar el heterogéneo desfile de personajes patrios, concebido como una acumulación de leyendas e historias sacadas de las crónicas antiguas. Cierta entusiasmo épico por las grandes figuras del pasado, sin filtro crítico positivista de ninguna clase, pueden recordarnos la necesidad de una acción no filtrada por la reflexión inmovilizadora, como en las novelas de Baroja.

En las páginas finales leemos pasajes como el siguiente: «Cada novio era un reino, y cada reino un corazón enamorado. Maravilloso había de ser el hecho histórico que se anunciaba con un cuento de hadas» [Pérez Galdós, 1907: XXX]. La visión idílica y el ensueño democrático del mundo medieval español demuestran que Galdós tomaba por iconografía literaria lo que para Salaverría era modelo social a imitar si se quería regenerar España y convertirla en un imperio. De lo contrario, de haber advertido Galdós la carga ideológica real del texto que prologaba, no se entendería que hubiera ayudado a impulsar una empresa monárquica, conservadora y colonialista. Qui-

zás hubiera podido elogiar el estilo y la tarea de recuperación de valores propios efectuada por Salaverría, pero no hubiera aceptado el tono apocalíptico esgrimido por el autor vasco como justificación de sus ataques al sistema parlamentario y liberal.

Isabel rebajó privilegios a los nobles y mejoró la situación del pueblo, que convivía en paz con sus señores. Galdós critica su excesivo fanatismo religioso, la creación del Santo Oficio y la expulsión de los hebreos. La integridad ideológica del novelista canario queda intacta, a salvo de todo exceso romántico, al destacarse de la reina únicamente los valores compatibles con la Democracia. Salaverría va más allá y exalta la monarquía absoluta como el único sistema gubernamental capaz de dirigir España.

Galdós resulta un buen comentarista en las páginas iniciales de su prólogo: ayuda a su joven protegido haciéndolo aparecer en el texto vagabundeando por Burgos. Según el prologuista, que demuestra todo su acierto crítico, mientras en la ciudad añade «más misterio y romanticismo de los que realmente tienen», la llanura la describe «con visión exacta de la realidad». El juicio es certero, y válido para todas las estampas posteriores de Salaverría. Los elogios a las ciudades son en el vasco justificaciones o desaprobaciones de la Historia. El aspecto de los monumentos y el juicio acerca de su mérito dependerán de su oportunidad subjetiva, en una apreciación ideologizada del arte.

El prólogo acaba con una llamada a la confianza en el poder agrícola castellano, en la línea más puramente regeneracionista de Costa y Unamuno. Es posible que estas afirmaciones galdosianas encontraran un eco en el programa expuesto al final de *La afirmación española* (1917): la ciencia atenta a las necesidades reales de España y la irrigación de los campos resucitarán la economía y España podrá ser otra vez un pueblo potente y exportador de valores intrínsecos. El origen de la afirmación salaverriana (a la cual debe todos sus vestigios de gloria literaria) se encuentra en las páginas finales de este prólogo: insistencia en la necesidad de un «querer intenso» (p. XXXVI) y el «imperio de la fuerza espiritual» (p. XXXV). La superación es una cuestión de desperezamiento unido a la ciencia agrónoma, y no de una endémica crisis económica derivada de una deficiente gestión de los recursos industriales. Es posible que la insistencia en solucionar los problemas de la nación a través de una mera cuestión de «energía», de «querer», de voluntad colectiva, provenga de la unión de las influencias de Ganivet y Galdós sobre Salaverría.

Hasta aquí sobre el prólogo de Galdós. El primer capítulo de la obra, titulado *En el tren*, nos muestra por primera vez a un Salaverría tomando sus notas en un vagón de tercera. En los libros *La virgen de Aránzazu* (1909), *Tierra argentina* (1910), y *Retrato de Santa Teresa* (1939), vuelve a situarse en el interior de un tren, a la expectativa de captar la esencia de los sucesivos paisajes. Tras una descripción muy sensorial de la noche en la llanura, preparatoria, Salaverría nos desvela la intención del libro:

¡Cuán grave y expresiva era aquella planicie castellana, vieja patria del Cid, cuna del españolismo! Iba yo a conocer el secreto de una tierra de dominadores; iba a sentir el aliento de un país antiguo que imprimió en el mundo tan honda y duradera huella; quería desentrañar el misterio de aquella tierra esquilada, rasa y humilde, que había sabido sujetar á su feudo otras tierras más ricas, más ágiles y mejor dotadas por la naturaleza [Salaverría, 1907: 5].

El secreto del antiguo éxito de la nación española es la idealidad del pueblo castellano, tal y como había quedado establecido en el artículo *La atonía española. Falta de idealidad*, publicado en *El Gráfico* tres años antes.

Las apreciaciones románticas de Burgos no son tenebristas, sino que se producen en un amanecer que parece una promesa de juventud y de renovación. El tono no es el mórbido y estático de Azorín y Baroja a la altura de 1902. A Salaverría le interesa ofrecer una visión positiva y jovial de la tierra que renacerá: «Luego ascendió el sol, y se llenó la tierra de una dorada claridad. La catedral, con su pompa de chapiteles, estatuas y torres, se iluminaba y resplandecía, y el sol la saludaba con sus rayos más vivos, más juveniles» [Salaverría, 1907: 8].

El inicio de libro, por lo tanto, se inserta de lleno en una obra de «afirmación española» aún por sistematizar.

El segundo capítulo, *Por las calles de Burgos*, empieza describiendo el efecto que las lecturas tienen sobre la percepción de la realidad. Salaverría se siente como alucinado y magnifica las cosas, proyectando en ellas el idealismo bebido en los textos. Las palabras ennoblecen las piedras y las convierten en objetos espiritualizados. Así, «el pasado llega hasta nosotros depurado, engrandecido, en hermosa síntesis y como en bloque, limpio de las impurezas de los momentos y actos ruines.» Esta obsesión por la pureza obtenida a través del conocimiento de la historia y el ideal aprehendida en ella es constante en la obra de nuestro autor, cuyos análisis de ciudades y paisajes vienen a ser el enjuiciamiento de los hombres del pasado que los modelaron tal y como pensaron su realidad.

Salaverría defiende un modo de vida regido por la fantasía desbordada. La realidad debe plegarse a los dictados del ensueño de los seres humanos mejor dotados, y sólo el pasado puede guiarlos en su tarea de existir cotidianamente: «¿Podría vivirse la vida si le faltase la hipótesis imaginativa? ¿Qué es lo que nos incita á amar el mañana, sino la nostalgia del día de ayer?» [Salaverría, 1907: 12].

Así pues, el tedio provocado por la falta de trascendencia se resuelve mediante la fuerza imaginativa del hombre, como en Baroja el tedio reflexivo se curaba mediante la acción.

El elogio de la tranquila existencia burgalesa, no contaminada del tráfico moderno, implica un rechazo del Progreso decimonónico muy en sintonía con el de Unamuno, Azorín y Baroja. Encontramos en estos textos descriptivos el embrión de la ideología de Salaverría. Sólo la guerra como expan-

sión de la libre y legítima voluntad de dominio rejuvenecerá al pueblo castellano: «Había mucha cabeza baja, mucho cuerpo inclinado, lento, cansado: diríase que la raza, al quitarle la armadura de guerra, de tanto aguardar al nuevo grito de pelea, envejecía y se achicaba» [Salaverría, 1907: 15]. A esta consideración de la guerra debe unírsele la admiración hacia el fanatismo, del que había muestras en el joven protagonista de la novela decadentista salaverriana de 1909, *La virgen de Aránzazu*. El fanatismo anula la reflexión, rodea su acción paralizadora. La solución al tedio de vivir típicamente finiecular consiste en afirmar unos valores absolutos más allá de toda consideración racional:

En aquella edad que nosotros columbramos con terror, ¿acaso no era la vida más clara, más sencilla y también más risueña? Si nosotros nos ahogamos en un mar de conflictos y de incertidumbres, si la duda nos mina, si el dualismo nos carcome, [...] ellos, los hombres de ayer, no tenían sino dos términos concisos sobre que moverse: Dios y el honor [Salaverría, 1907: 17].

El tercer capítulo, titulado *La llanura*, enlaza con los paisajes más naturalistas y deterministas del ensayo clave de la cultura española del siglo XX: *En torno al casticismo*. La descripción pormenorizada de los efectos que causa el calor y el paisaje castellanos sobre la estirpe que habita la meseta constituyen un eco indirecto, mediatizado por Unamuno, de las teorías de Taine. El sol estimula la imaginación. El silencio y la desolación propician las visiones. Se opone el tipo de vida engendrado por la tierra castellana al propio de la Modernidad: los llamados errores de la España histórica no son más que expresiones de su peculiaridad. Se insinúa que la Inquisición fue una reacción nacionalista nacida del apego a la paz dogmática: «¿Por qué culpar a los inquisidores! Aquella era la patria de los monjes austeros, que vivían en un ambiente de sobriedad y de aridez, que proclamaban la renunciación de la vida, que sentían asco de la tierra pobre y ambición del cielo...» [Salaverría, 1907: 25]. Los castellanos no necesitaban ninguna Reforma porque eran esencialmente espirituales, no paganos, y las discordias religiosas sólo vinieron de fuera para turbar para siempre la paz de los años en quietud.

En el cuarto capítulo de libro, *Héroes del Romancero*, se glosan los romances caballerescos más conocidos, y se identifica a los héroes de la historia nacional con el ideal del superhombre nietzscheano:

Eran unos hombres demasiado recios para sufrir la amenaza: el clima los tenía endurecidos, la pobreza les había dado suficiente estoicismo para resistir el hambre de la expatriación, y el continuo choque con los moros habíalos irritado convenientemente para no importarles nada del dolor y de la sangre [Salaverría, 1907: 32].

Los caballeros castellanos eran hombres irreflexivos que no limitaban sus impulsos primarios corrigiendo sus convicciones por una moral cómoda. Buscaban la satisfacción de sus torpes y directos placeres y no conocían la

duda: «Eran unos hombres demasiado independientes para poderse sujetar al terruño: la llanura rasa, además, les convidaba a huir, á galopar sin freno hasta los países meridionales donde tenían los sarracenos sus bellos jardines y sus cosas ricas y sensuales» [Salaverría, 1907: 34]. Los comentarios a las hazañas del Cid anticipan el contenido de *Los paladines iluminados*, el volumen de 1926. Tanto en éste como en *Los conquistadores* (1918), ambos ensayos que incluimos en el ciclo castellano, Salaverría repetiría la técnica esbozada en este capítulo: la glosa a un texto antiguo que emparenta sus doctrinas con el comentario propiamente filológico, aunque orientado hacia la ideología y la política.

El quinto capítulo, titulado *Dentro de la Catedral*, mezcla la ambientación esteticista con la meditación trascendental. La prosa salaverriana se vuelve preciosista hasta el punto que resulta inevitable el recuerdo de las descripciones del interior de la catedral de Vetusta, ofrecida por Clarín en *La Regenta*, un autor muy apreciado por Salaverría como moralista y autor de cuentos. El romanticismo comentado por Galdós aflora en la descripción de los sepulcros, acompañada de reflexiones sobre el fin de la voluntad, motor de la vida, y las aspiraciones místicas del ser humano.

El siguiente capítulo, *Misticismo*, sigue en el interior de la catedral burgalesa. El autor contempla el fervor religioso de un «montón de mujerucas» que rezan de hinojos ante un Cristo. Hay admiración hacia el estoicismo con que la mujer tiene que existir: «rezaban con ferviente unción, poniendo en sus palabras toda la humilde vehemencia de sus corazones atribulados de mujer, de pobre mujer que ha sido madre, que ha sufrido dolores de preñez, llantos de viuda, lágrimas de miseria y de abandono: puesto que la mujer es aquel individuo que más golpes recibe del destino» [Salaverría, 1907: 47-48]. La escena del rezo de las personas sencillas y sufridas en las iglesias españolas fue un motivo frecuente en las primeras obras de Salaverría. En *El perro negro* (1906) y *Las sombras de Loyola* (1911), el pueblo enfervorecido y reunido en el templo es un elemento de humillación impuesto por una Iglesia injusta, autoritaria y cruel. En *Vieja España* (1907), sin embargo, se destaca el estoicismo de los orantes y no se les presenta como las víctimas de un sistema represor: al contrario, la ruda religiosidad castellana parece consolar a unas gentes esencialmente sufridas y austeras.

En el desarrollo de su teoría del Cristo nacional, Salaverría opina que

el Cristo español, que es el Cristo único, nacional y privativo, el más enérgico de todos, el que exige mayores tributos y ofrendas de vasallaje, por lo mismo que es el Cristo que más sufre, el Cristo excepcionalmente doloroso y sangriento.

Aquel era el Cristo español, y no ese Cristo de escayola que ha traído la industria extranjera para servicio de las mujeres.

Se trata de una violenta reivindicación de la espiritualidad propia, incómoda y exigente, frente a la europea, más acomodaticia. La dificultades curten

al hombre y a la mujer y lo convierten en un ser apto para desenvolver su voluntad de poderío. A partir de esta distinción entre espiritualidad como obstáculo benefactor y mero trámite religioso se describe la antigua religiosidad española, llena de belicismo. El elogio del guerrero fanático realizado a través de todo el libro, se extiende a la figura del obispo con armadura y al antiguo espíritu de Cruzada, que haría renacer las energías adormecidas del país. El realismo español, con su dramatismo esencial, es el resultado de las exigencias de un pueblo varonil: para una raza fuerte no sirve una espiritualidad amable, sino un «misticismo crudo e implacable» [Salaverría, 1907: 53].

Como es de esperar, Salaverría critica duramente la religión actual y la opone a los ideales antiguos: «hoy, al contrario, las mujeres salieron de su paz y recogimiento, y se hicieron defensoras y custodias del Cristianismo, puesto que los hombres se fatigaron de combatir herejes. Y he ahí que ahora la religión se ha afeminado» [Salaverría, 1907: 55]. Resulta curioso que el objetivo de la crítica sea el hombre moderno, que ya carece de ideales y ha dejado suavizar las costumbres. La mujer debería haber seguido obedeciendo a su protector caballeresco, su papel original era pasivo y no el de defensora de la Iglesia. Sin embargo, ha tenido que enfrentarse a la laxitud contemporánea para no dejar morir la religión católica en manos del material moderno. Como observamos, Salaverría interpreta a su modo el antiprogresismo unamuniano y lo une a una reivindicación histórica conservadora, los usos, datos y costumbres que Unamuno colocaba, en sus cinco ensayos de 1895, en la cresta de la ola, y no en el fondo de los caracteres eternos.

El séptimo capítulo está dedicado al sepulcro del Cid. Situándose en una suerte de neobarroquismo ideológico que lo conduce a lamentar la vanidad de toda fama e intento humano, nuestro autor penetra en la Casa Consistorial de Burgos, donde unos ujieres le conducen hasta la mísera tumba del Cid. Es éste el punto de arranque de una serie de reflexiones acerca de la fugacidad de la Gloria y de todo lo material. En su aplicación de las ideas manriqueñas y quevedescas sobre la existencia de una vida de la Fama, Salaverría realiza una curiosa adaptación de estas a la filosofía de la voluntad, porque la fama es el resultado del ejercicio de esa voluntad, y cuanto mayor sea la voluntad de dominio ejercida por el hombre representativo, más larga será su memoria sobre la tierra. La memoria del Cid, es decir, su segunda vida, terminó cuando España renunció a sus ideales, a su voluntad colectiva de guerrear y someter:

He ahí por qué has muerto total y definitivamente. Tú fuiste el alma guerrera de tu raza; ya la raza reniega de su alma, de ti y de tu espada; la raza no quiere guerrear. [...] Tan completamente has muerto, que tu pueblo, cuando cayó vencido, á semejanza de los viejos truhanes que van forzados á la guerra, hizo vocación de arrepentido y proclamó al mundo, como quien se retracta de sus pasados hechos, «que el pueblo español abandonaría sus antiguos errores y se haría un pueblo de labriegos y comerciantes... [Salaverría, 1907: 64-65].

Aunque el ataque contra Costa y los noventayochistas no se producirá de una forma sistemática hasta la Primera Guerra Mundial, Salaverría ya esboza un embrión de actividad reaccionaria y ultranacionalista: «te amenazaron con cerrar tu sepulcro con doble vuelta de llave». Con más exaltación sentimental que reflexión, aún, Salaverría afirma que los negadores de las viejas glorias castellanas son «hombres, canijos, vueltos de cara al extranjero» [Salaverría, 1907: 68]. En el futuro, nuestro autor realizará intentos de parecer racional, y orquestrará una campaña publicitaria básicamente enfrentada a Costa, a Unamuno y a Ramiro de Maeztu, exceptuando siempre a Azorín, compañero suyo de redacción en *ABC* durante más de treinta años, y a Ganivet, autor que supo aunar nacionalismo con regeneración y de quien parece que Salaverría tomó sus elogios del senequismo hispánico.

Aquí, de momento, sólo encontramos retórica neorromántica que ni siquiera Galdós, al colocar a Salaverría entre aquella juventud que gustaba de husmear entre las viejas ciudades, pudo identificar como un amago de pensamiento enfrentado al propio del 98. Lo cierto es que, en su postura tradicionalista, se produce la negación de cualquier tipo de industrialismo, cuyo desarrollo es fundamental para todos los autores comprometidos con las mejoras inmediatas de la realidad nacional, empezando por el propio Galdós, pasando por Clarín y terminando con Maeztu, quien en *Hacia otra España* confiaba en la industrialización y el comercio como motores de la regeneración, y Luis Araquistain, socialista muy influido por Unamuno. Salaverría omite deliberadamente a la burguesía y al campesinado para situar al ideal como único motor posible para la reactivación de Castilla, marginando al trabajo: «un pueblo de hidalgos, monjes, soldados y mendigos no podía coger la azada de repente y ponerse á trabajar» [Salaverría, 1907: 67].

La tenacidad de ese pueblo, su orientación exclusivamente especulativa, lo empujaba a conquistar y vivir de lo que producían los demás: «El renejar del instinto guerrero, de la tradición peleadora, ha sido el más grande error que pudo haber cometido España.». Sólo un «ideal de desquite», un «hambre de resurrección» hubiera mantenido las porciones de España «conexas y apretadas fraternalmente». Trece años después, Ortega y Gasset enunciaría algo parecido en *España invertebrada*, pero llamando «proyecto común de Estado» a la propuesta jurídica capaz de cohesionar una nación y de llenar de ilusión a todas sus partes. Ortega se enfrenta al pensamiento salaverriano cuando postula, en lugar de una represión interna, una guerra exterior como principal motivo unificador, elogiando la acción estatista y la intuición de futuro de Fernando el Católico, quien supo muy bien cohesionar un estado de nueva planta exportando el belicismo de sus componentes.

Toda la obra de Salaverría se encuentra condensada, como en el artículo *La atonía española. Falta de idealidad*, publicado el 15 de octubre de 1904 en *El Gráfico*, en estos párrafos:

Lo postrero que ha de abandonarse, es el ideal: aun cuando sea loco el ideal, ¿qué importa? Idealizar, proponerse, aspirar y combatir, esta es la sal de la vida. [...]

De qué sirve la vida, si faltan el ensueño y la aspiración? Y esos ruidos bajos, plebeyos, groseros, con que ahora las muchedumbres tratan de disculpar su culto á la vida rasa, ¿qué valen ni cuánto durarán? [...]

Cid, heroico hombre de la guerra, ¿por qué no haría el destino que pudieses levantarte! Tú aconsejarías a tu pueblo que la guerra, sea cualquiera la forma de guerrear, es la condenación eterna e inflexible del hombre; todo es guerra, y lo más dichoso de la vida es entregarse á la ola marcial y animada que circula sempiternamente por el Universo [Salaverría, 1907: 69-70].

Salaverría convierte al Cid en su Zaratustra particular, su guía a la hora de espolear a todo un pueblo a la guerra en que afirmará los ideales que lo identifican. En la línea sucesoria que una a Heráclito con Nietzsche, nuestro autor desea volver a señalar a la guerra como único posible *arché* del cosmos. La aportación del publicista conservador consiste en otorgar el carácter nacionalista a una afirmación que, en los filósofos, era una mera especulación metafísica. Existe en *Vieja España* un deseo imperialista, netamente militar y expansionista, que nos impide señalar una verdadera inflexión ideológica a la altura de 1914: «Tú enseñarás a tu pueblo que es necesario guerrear, lo mismo con espadas que con teorías, y que lo más dichoso es abrirse camino por la tierra adelante, pelear y vencer, dominar, rebasar las lindes de la patria e inundar el mundo luego» [Salaverría, 1907: 70]. Más adelante, los anhelos belicistas alcanzan la condición de fantasías imperialistas con vocación de profecías que obsesionan a nuestro autor: «Y el porvenir de España, ¿podía ser tal vez tan grande! El mundo se está ofreciendo, como una presa dócil, a quien quiera dominarlo» [Salaverría, 1907: 83].

La obsesión militarista de nuestro autor aparece aún más claramente en el capítulo siguiente, el octavo, titulado *Viendo pasar un regimiento*. No sería aventurado afirmar que se trata de una oposición iconográfica a las descripciones de tropas regresadas de Cuba que abundaron en la literatura y el periodismo de las últimas décadas de siglo XIX para ilustrar la injusticia de las levadas masivas, cómo el colonialismo se había convertido en un lastre para la nación, o sencillamente las consecuencias humanas de la guerra. El texto de Maeztu *La marcha del regimiento*, fechado en 1898 e incluido en *Hacia otra España* sería un ejemplo muy representativo.

Pero Salaverría no desea mostrarnos una tropa vencida, herida, enferma y derrotada, sino un desfile triunfante de soldados sanos y vigorosos. Esta imagen demuestra una vez más que la inflexión ideológica de 1914 no es más que un espejismo, puesto que esta visión del ejército como portador de juventud y entusiasmo por la patria es exactamente la misma que aparecerá en *El muchacho español*, de 1918. Los jóvenes soldados, bellos y portadores de arrogantes armas, reciben las miradas de las muchachas, emocionan al pueblo, representan los descendientes de una casta heroica cuyas hazañas desglo-

sa Salaverría una por una en uno de sus acostumbrados excursos ditirámicos: Reconquista, peleas por Europa, Conquista de América.

Las ideas sobre cómo debe ser el ejército reaparecerán en libros muy posteriores, como *Los conquistadores* (1918): «[Los guerreros antiguos] eran individuos, y no colectividades; hombres, y no masas; soldados, y no ejércitos. [...] Lo mismo que en los poemas de Homero, también estos soldados tenían su nombre, y cada uno de ellos cumplía su hazaña y tenía después un lugar en la Historia» [Salaverría, 1907: 77-78]. Aún no había llegado la Guerra Mundial y Salaverría ya señala el signo de los tiempos, una masificación vertiginosa de las víctimas civiles y un olvido total del soldado como profesional sometido a unos códigos de civilidad caballerescos. El deseo de restaurar estos códigos se combina con la necesidad de que el máximo soldado de la nación, su caballero más civilizado y poderoso, dotado de una prodigiosa personalidad mesiánica y agresiva, redima a España de sus errores pasados. La exigencia de un dictador proviene de un concepto aristocrático de la sociedad:

Un espíritu militar, consecuente y arraigado, salvaría a este pueblo de su anárquica e incoherente vida de hoy [...].

La sólida compenetración nacional no puede conservarse si no es mediante un ideal guerrero: el ideal de guerra es el alma de un pueblo» [Salaverría, 1907: 80].

Como no podía ser de otro modo, una vez examinadas las leyendas del pasado español y sus romances, Salaverría dedica un capítulo, el noveno, al refranero español, el almacén de la sabiduría popular de un pueblo. La descripción del carácter de un pueblo a través de sus refranes y apotegmas no deja de ser una reactualización de las inercias del Romanticismo más arraigadas en los escritores enemigos del positivismo. Los refranes elogian el individualismo furioso del español, ideal para crear ejércitos basados en caballeros ansiosos de obtener gloria fama. Otros rasgos destacados del español: el valor, la temeridad, el desprecio por el débil, el estoicismo, la impulsividad irreflexiva, la caballerosidad belicosa, el amor piadoso que sigue a la crueldad, la «democracia antropológica» (no «de índole rebelde o de esencia política, sino una democracia original, nacida del seno cristiano y de entre las nieblas medioevales» [Salaverría, 1907: 93]). Los españoles son igualitarios en la pobreza de la tierra, se consideran todos hijos de Dios humildes y por eso desprecian las riquezas. Y como el pueblo es violento en esencia, tendría que aprovecharse su energía para hacer resurgir a España, un país para el que nada sirven las soluciones racionalistas.

La corrida de toros, descrita en el siguiente capítulo, ejemplifica el natural ejercicio de la violencia por parte del pueblo español, cuya fiesta es una lid, una lucha. La descripción es larga y brillante, y empieza con una escenificación impresionista del pueblo avanzando jubiloso hasta la plaza. Luego, el

autor nos ofrece todo lujo de detalles sobre lo que está viendo, mezclado entre la multitud jubilosa. La principal característica de este capítulo es la ausencia de intervención ideológica con la que Salaverría pretende, precisamente, elogiar los toros: ni una sola apreciación moral, al contrario de todo el libro, guían al lector. El naturalismo detallista (intestinos del caballo, visión de los cadáveres, excrementos, charcos de sangre) no pretende escandalizar al lector sino persuadirlo con los detalles más trágicos de lo que sucede en el ruedo. La lid es descrita con toda transparencia, sin omitir los detalles escabrosos: el autor intenta presentar un espectáculo estimulante con las mismas armas esgrimidas por los detractores de los toros.

El capítulo siguiente, *El toro*, es el elogio del animal que simboliza la tragedia de España. Contiene todas las reflexiones que no aparecían explícitamente en el anterior capítulo: el ritual del sacrificio de un animal potente es la expresión de un pueblo que, en su locura, se autodestruye trágicamente para resurgir convertido en una potencia dionisiaca, incontrolable.

Estas reflexiones contrastan con el contenido de *La Cartuja de Miraflores*, capítulo decimosegundo del libro, dedicado al polo opuesto de la esencia española: frente a la violencia extrema, la paz y la austeridad como normas de conducta, conviviendo ambas sin solución de continuidad. La descripción sensorialista de templos cristianos es una práctica salaverriana muy común, ya que se recurre a ellas en sus libros de viajes (*Sevilla y el andalucismo*, de 1929; *Viaje a Mallorca*, de 1934), en sus ensayos (*Las sombras de Loyola*, de 1911) y en sus novelas (*La virgen de Aránzazu*, de 1909) cada vez que desea darse una impresión de aislamiento y quietud.

La interpretación histórica del goticismo se parece a la propugnada por Ortega y Gasset en «Arte de este mundo y del otro»<sup>3</sup>, texto publicado en *El Imparcial* el 24 de junio de 1911 en que se insistía sobre el carácter esencialmente realista del arte español. ¿Podríamos relacionar las reflexiones salaverrianas con lo que escribiría el aún joven escritor cinco años después? Salaverría presenta el arte gótico como una oposición germánica a un yugo cultural mediterráneo:

Aquel arte gótico comenzó como un balbuceo; después acabó con un gesto de suprema elegancia. Comenzó saliendo de la barbarie, y era entonces como un anhelo de independencia: el cristianismo quería libertarse de la opresión pagana, y al mismo tiempo el germanismo quería también libertarse del dominio latino; la austeridad semiinfantil, semiguerrera de los pueblos del Norte protestaba del sensualismo meridional y mediterráneo [Salaverría, 1907: 134].

No son como las columnas orientales: aquéllas eran columnas representativas de una civilización sensual, eran columnas gráficas que copiaban la misma Naturaleza, en lo que tiene de ponderativo; eran flores de loto en Egipto, eran palmeras en Mesopotamia, y eran un pedazo de selva tropical en la India. Pero

<sup>3</sup> Este trabajo orteguiano puede leerse en *La Deshumanización del arte y otros ensayos de estética*, Madrid, Espasa-Calpe, 2002 (Prólogo de Valeriano Bozal), pp. 103-108.

las columnas cristianas, que en un principio copiaron la forma oriental y pagana, después se espiritualizaron e hicieron puramente cristianas, representativas de un estado emocional semihistórico, semivisionario. [Salaverría, 1907: 127].

La interpretación, por lo tanto, es dialéctica, se plantea como una lucha entre dominios culturales, de la que triunfa la más fanática, la menos arraigada en comodidades de ejecución y disfrute de la obra arquitectónica. El capítulo se cierra con unas reflexiones historicistas de escasa entidad que constituyen un precedente de algunas impresiones sobre cuadros de *Los fantasmas del museo*, publicado 14 años después. Patinir y Brueghel son dos ejemplos de pintores puristas que no desean la perfección técnica en sus paisajes sino lograr la máxima perfección del azul de sus cielos.

El capítulo número trece, *El león nobiliario*, constituye una vuelta a las reflexiones sombrías que habían aparecido ante el sepulcro del Cid. Ahora el pretexto es un viejo escudo que representa un león rampante con la garra rota. Salaverría arremete contra las oleadas revolucionarias que acabaron con todos los vestigios del pasado indiscriminadamente, sin pensar en las virtudes del sistema nobiliario. «[Los pobres siervos] querían una nueva era, sin ligamento alguno con el pasado, ¡pobres ilusos, ignorantes de la fuerza de la tradición y de la solidaridad que existe entre los tiempos que pasaron y los que todavía no existen» [Salaverría, 1907: 145-46]. Salaverría fue un autor netamente conservador desde el principio, de forma que *Vieja España* ya condensa toda su ideología antiobrera futura.

La idea aristocrática o «doctrina», como la llamará en 1919, es la base de todo su pensamiento político y sociológico: «el fin de la sociedad es un fin de aristocracia, y la misma naturaleza humana nos lo está advirtiendo: porque ¿es otra cosa que un ideal aristocrático esa fuerza de evolución que empuja a la especie humana hacia delante y siempre hacia la perfección?» [Salaverría, 1907: 146]. Este finalismo antropológico se aplica tanto al análisis regeneracionista de España como a la valoración general del estado de la cultura de Occidente.

La superioridad del «hombre-cúspide», que aventaja al mediocre tanto en el ejercicio del bien como en la práctica del mal, se demuestra atacando y venciendo, porque el hombre superó su salvajismo perfeccionando cada vez más sus armas. Así, la violencia no es en el hombre un instinto, puesto que la Naturaleza lo creó indefenso y capacitado para la cobardía y la huida. Una decisión racional hizo cambiar la situación, engendró el orgullo y con él el ansia de dominio sobre las otras fieras y las demás estirpes humanas. Para Salaverría, la violencia es el signo de la inteligencia, y la cobardía el de la astucia. Toda idea, pues, entraña voluntad de dominio, es guerrera en el plano teórico en tanto que se enfrenta a las demás.

Por esta razón, el capítulo catorce del libro, *Pícaros y mendigos*, opone estos dos tipos sociales a los típicamente hispánicos, según el autor: caba-

llero y asceta. En su interpretación de la historia de España, nuestro autor opina que los antiguos montañeses, montaraces y guerreros, anhelaron el sol sureño y por eso se hicieron soldados y hostigaron al moro. Los males de España provienen del instinto pícaro y de la mendicidad, de la astucia aplicada al lucro individual y de la ausencia de empuje creador. En lugar de acusar a las clases altas de despilfarro, Salaverría concluye en que las clases miserables e improductivas son «el peor y oculto gusano que corroe a España» [Salaverría, 1907: 158]. Los hombres deberían construirse a sí mismos y no fiarse del favor ajeno, afrontando las dificultades como incentivos. La empleomanía, ampliamente descrita por Mesonero y Galdós, es la versión moderna de las formas de vida parasitarias propias del Siglo de Oro. Ya no hay orgullo, según Salaverría: todos piden empleos o dádivas sin elevar su voluntad de poderío sobre las carencias.

La visión de tres hombres canallescos en un mesón arranca nuevos lamentos por la decadencia de la raza: «La raza era orgullosa, y paría hidalgos, conquistadores; pero la tierra era pobre, además, y cuando el hidalgo no podía mantener su orgullo dentro de la pobreza ambiente, se convertía en pícaro...» [Salaverría, 1907: 163-64]. Como ya denunciaban los escritores ilustrados, Jovellanos a la cabeza, no existe nada más lamentable que un noble achulado o empujado al ejercicio del bandolerismo. Resulta curioso observar cómo Salaverría basa todas las cuestiones sociológicas en un problema de moral, no de virtud en las costumbres, sino de empuje, de voluntad enfrentada a un sensualismo epicúreo que corroe la vida humana. No existe miseria azarosa ni vocaciones truncadas: en su sistema, desear es conseguir y quien cae es porque no quiso con suficiente entereza, no cumplió su misión con integridad. La aplicación de las doctrinas de Nietzsche, en el fondo un historiador de la cultura, resultan extremas en esta formulación y, lo que proviene de Spengler, se aplican no sólo a la situación del hombre moderno en cuanto a posible creador de arte, sino a toda una civilización en bloque que se desploma por falta de cohesión interna.

El pícaro es el resultado de una sociedad pobre que ya no confía ni en su belicismo idealista ni en su misticismo colectivo: «La canalla ha triunfado por medio de un sufragio nacional; la canalla ha subido, ha anegado las alturas, corroyéndolo todo» [Salaverría, 1907: 166]. La burla imposibilita la práctica del idealismo, de la misma forma que el escepticismo condena a la mediocridad a todo aquel que ha caído en el descrédito de todos los valores. De esta argumentación proviene a curiosa lectura que ofrece nuestro autor del *Quijote*, al que dedica el decimoquinto capítulo de su ensayo. Su interpretación es original, no se parece ni a la de Maeztu ni a la de Azorín, y mucho menos a la de Unamuno: Don Quijote es el español que aún guerrea aunque el picarismo lo haya desbaratado todo. Representa la voluntad de dominio de la raza española, aplastada bajo la astucia y la cobardía acomodadas sobre una existencia humilde pero suficiente. La inteligencia, la fan-

tasía, el ensueño y el arrojo van de la mano de la pelea idealista contra el precabido, el cauteloso, el mediocre y el judío.

Salaverría, lejos de considerar aspectos existencialistas en la novela, cree que Cervantes se mofaba de su personaje: «El mismo que te soñó te inventó para reírse de ti» [Salaverría, 1907: 170]. A diferencia de Unamuno, no relaciona su fracaso con una ruina de los valores trascendentales, sino que se limita a considerar la obra como una parodia de unos ideales que aún podrían reactivar la sociedad española y conducirla hacia una nueva hegemonía imperial. Según Salaverría, Don Quijote es un inadaptable del terruño castellano infestado de pícaros malévolos. No es lo representativo de la nación, sino su excepción: «Tú no has existido, ¡oh caballero Don Quijote!, sino en la mente de algunos hombres ilusos. Para que tú adquirieras forma corporal y tangible, hubiera sido necesario que nacieras en algún otro país limpio de pícaros» [Salaverría, 1907: 172]. El ambiente enrarecido y decadente de una raza sin moral convierte en risible a su ser más noble. Al contrario que Unamuno, que jamás pone en duda la existencia real de Don Quijote, Salaverría nos presenta al héroe cervantino como un fantasma anacrónico y atormentado que nos reprocha toda la vulgaridad de la vida moderna.

Nuestro autor cree que el espíritu castellano contradice la aparición de quimeras: «Era una tierra concisa, era una llanura rasa en donde las formas adquieren un supremo grado de nitidez y realidad, y en donde ni los espejismos pueden existir. ¡en esta patria de realismo es donde quisieron que nacieras!... Así fue de tremendo tu descalabro» [Salaverría, 1907: 172]. Según Unamuno, Don Quijote es un Cristo hispánico inmolado, no un espectro que fracasa totalmente sin que podamos perdonar a quienes causan su perdición. La lectura salaverriana no le atribuye papel de mártir heroico porque el mártir no se descalabra, triunfa cuando intentan hacerle fracasar, parece porque tiene éxito en la afirmación a ultranza de sus creencias. Para Salaverría, Don Quijote no es más que un fantoche creado para evidenciar la maldad de los vástagos decadentes de la raza española: «Eres, Don Quijote, una paradoja grotesca, una víctima propiciatoria de la burla de la canalla» [Salaverría, 1907: 173].

Nuestro autor llega a acusar a Cervantes de nihilista, como cualquier otro autor barroco. Según él, su escepticismo condujo a la negación de la caballería, es decir, a la negación de los valores patrios que mejor definían el Imperio recién arruinado. La escritura desencantada del barroco, frente a la épica confiada del cantar de gesta, el romance, el poema narrativo renacentista y la crónica historiográfica, minó la autoconfianza de la nación y la condenó a un lugar marginal en la civilización:

¡Oh Don Quijote! En la época más decisiva de la historia moderna, a raíz del renacimiento, en la hora de la formación de las grandes nacionalidades, cuando venían preparándose las soluciones del moderno pensamiento, entonces te engendraron á ti, para que sirvieras de lección; *te crearon para derivar la vo-*

*luntad y la acción nacionales hacia pozos de marasmo. Y tu patria española, luego de florecer tan espléndidamente, á poco de llenarse de poesía, de guerra, de inquietud religiosa, cayó en el pozo de la prudencia, del reglamentado fanatismo, y se acabó...* [Salaverría, 1907: 174].

Para Salaverría, cualquier manifestación literaria carece de sentido si no contribuye al engrandecimiento de la máquina estatal a la que pertenece. Cervantes hubiera tenido que presentar a un héroe triunfante para revitalizar los valores medievales. El problema que nuestro autor ve en Don Quijote no reside ni en su carácter ni en sus propuestas: *su problema es que tras su fracaso no se puede erigir ningún imperio en España*. Los valores tradicionales y estatistas han quedado sometidos a burla, han perdido su poder de sugestión por ostentación de lujo. Cervantes ha enseñado la Castilla decadente, la Castilla real, cuando más que nunca debería haberse enseñado la gloriosa, la de la grandes gestas, de la Reconquista. Esta es la tarea que pretende retomar nuestro autor con su obra literaria: construir la obra que inspire una regeneración imperialista de su nación. Y no podemos negar que, en buena medida, no consiguiera crear la iconografía que utilizaron los propagandistas de Falange y los dos dictadores totalitarios en sus discursos y manifiestos programáticos.

El último capítulo del libro, titulado Llanura adelante, cierra el volumen de forma circular. Narra el viaje de regreso a Madrid en tren desde Burgos, ofreciendo nuevas estampas desde la tribuna preferida de nuestro autor. Se suceden los lamentos ante la visión de una tierra desolada y miserable. Posteriormente Salaverría rectificará este modo de valorar el paisaje de la Meseta, acaso movido por nuevas lecturas de Azorín y Unamuno, presentando el paisaje austero como una fuente de valores y no como un factor decisivo en la economía efectiva del país.

En el tren, se produce una reveladora conversación con un rústico que había ido a la guerra de Cuba: no llegó a combatir y lo repatriaron enfermo de fiebres tropicales. Salaverría lo desprecia abiertamente por el automatismo que observa en sus gestos y sus opiniones, allí donde Unamuno hubiera apreciado su sabiduría intrahistórica. El rústico desprecia la ciudad, la pelea y el florecimiento económico. Aparece como un egoísta encerrado en los estrechos muros de su ignorancia. Salaverría cree que en el fondo de la raza aún duerme el instinto de regeneración, pero se pregunta si esa llama no se ha extinguido para siempre.

Algunos nuevos ensueños imperialistas acaban de encarrilar el tema ideológico que subyace en todo el volumen. Salaverría opone su propia energía creativa con el conformismo del rústico, se presenta a sí mismo como un ciudadano responsable que, en lugar de elogiar la inercia decadente de la nación o incluso de trabajar para hundirla aún más, contribuye desde sus escritos a reconstruir una imagen positiva y respetable: «¡Oh, qué entusiasmo y qué alegría emanaba de aquella ola marcial de las generaciones, y cómo

pasaban los siglos semejantes a soldados que querían imponer su sello en la Eternidad, dominar á la Eternidad, detener en su galope al caballo del Tiempo!» [Salaverría, 1907: 187].

La esperanza de que España renazca a través de la guerra, de la fundación de una civilización española que exporte a la fuerza sus valores y los imponga al resto de naciones, sojuzgadas por un genio colectivo superior e invencible, explica la campaña propagandística emprendida por nuestro autor desde sus libros de tema castellano (*A lo lejos*, de 1914; *Los conquistadores*, de 1918; *Los fantasmas del Museo*, de 1920 y *Los paladines iluminados*, de 1926) y desde su columna habitual en los periódicos *ABC* y *La Vanguardia*. Las visiones finales también deben ser interpretadas como una alegoría que es a la vez una propuesta de futuro: El Escorial, Felipe II planeando sus campañas militares y, finalmente, Madrid como un nimbo de claridad al final del camino tortuoso. Madrid como la promesa del resurgimiento violento de una potencia adormecida.

Una incógnita resta pendiente de resolver: ¿qué afinidad podría existir entre Salaverría, un escritor abiertamente autoritario, imperialista, belicista, tradicionalista, conservador, neorromántico y Galdós, republicano, tolerante, dotado de un estilo que siempre huyó de la confrontación y el odio? Sólo la valoración del estilo salaverriano, cuya tensión debió de persuadir al canario, un lector privilegiado, podría explicar esta afinidad puntual. El tono crispado y reivindicativo de Salaverría no podía dejar de resultar novedoso, audaz para una mentalidad acostumbrada a la prosa periodística de la Restauración, alambicada y hueca, contra la que reaccionaron los autores finiseculares durante la década de los noventa, Unamuno, Martínez Ruiz y Maeztu a la cabeza. Galdós siempre se distinguió por su afición a las novedades literarias, más allá de las banderías políticas (su amistad con Pereda lo atestigua). Es difícil que no le sorprendiera la audacia de aquel escritor joven que se abría paso en la difícil escena madrileña a golpe de intemperancias.

#### BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- ALFARO, José María, «Recuerdo y angustia de Salaverría», *ABC*, Madrid, 30-04-1940,  
 AMÉZAGA, Elías, «El Nervión en Salaverría», *Del 98 vasco*, Bilbao, Ediciones Beitia, 1998,  
 pp. 115-116.  
 —, «Introducción» a *El río dinámico*, Bilbao, El Tilo, 2002.  
 AZORÍN, «Salaverría», *ABC*, Madrid, 29-04-1952.  
 —, «La vida no es sueño», *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1966, pp. 701-706.  
 —, *El paisaje de España visto por los españoles*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946.  
 —, *Parlamentarismo español*, Barcelona, Bruguera, 1968.  
 —, *Política y literatura*, Madrid, Alianza, 1968.  
 BAROJA, Pío, «Desde la última vuelta del camino. Memorias: El escritor según él y según los críticos» (1944), *Obras completas* (Vol. VII), Madrid, Biblioteca Nueva, 1949,  
 pp. 387-494.

- BUENO, Manuel, «Para alusiones. El apostolado literario», *ABC*, Madrid, 03-06-1930.
- CAMBA, Julio, «Salaverría y su atmósfera» *ABC*, Madrid, 30-04-1940.
- CAUDET ROCA, *Vida y obra de José María Salaverría*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1972.
- CHABAS, Juan, «José María Salaverría», *Literatura Española Contemporánea (1898-1950)*, Madrid, Verbum, 2001 (Edición de Javier Pérez Bazo), pp. 249-250.
- DÍAZ NAVARRO, Epicteto y GONZÁLEZ, José Ramón, «José María Salaverría», *El cuento español en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 2002.
- DOMINGO, Eugenio, «Letras de América. Un notable libro sobre el libertador», *La Gaceta Literaria*, Madrid, 15 de marzo de 1931, núms. 101-102.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, M., «Salaverría y la afirmación de España», *ABC*, Madrid, 30-04-1940.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, W., «Lazarillo de almas», *ABC*, Madrid, 30-04-1940.
- FLÓREZ, Rafael, «Prólogo» a SALAVERRÍA, J. M., *Artículos aparecidos en ABC*, Madrid, Prensa española, 1977.
- FOX, Inman, *Ideología y política en las letras de Fin de Siglo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988.
- GALARRAGA DE SALAVERRÍA, Amalia, «Los escritores vistos por su mujer. José María Salaverría», *La Gaceta Literaria*, 15 de diciembre de 1928, núm.48.
- GALINSOGA, Luis de, «Un paladín de España», *La Vanguardia*, Barcelona, 29 de marzo de 1940.
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, «José María Salaverría: Instantes», *La Gaceta Literaria*, Madrid, 1 de junio de 1927, núm.11, p.4.
- , «Libros y márgenes. Loyola y Salaverría», *La Gaceta literaria*, Madrid, 15 de mayo de 1929, núm. 58.
- , «Libros y márgenes. Sevilla y el andalucismo», *La Gaceta literaria*, Madrid, 1 de julio de 1929, núm. 61.
- , «Madrid – América. 3 raids literarios», *La Gaceta Literaria*, Madrid, 15 de agosto de 1927. p. 1.
- GONZÁLEZ BLANCO, Andrés, *Los contemporáneos (3ª serie)*, París, Garnier Hermanos, 1910, pp. 45-86.
- MAINER, José-Carlos, *La Edad de Plata (1902-1939)*, Madrid, Cátedra, 1999.
- , *Falange y literatura*, Barcelona, Labor, 1971.
- , *Historia y Crítica de la Literatura Española VI. Modernismo y 98*, Barcelona, Crítica, 1980.
- , *Regionalismo, burguesía y cultura. Los casos de Revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, Barcelona, A. Redondo, Editor, 1974.
- MIQUELARENA, J., «Salaverría, articulista», *ABC*, Madrid, 30-04-1940.
- ORTEGA Y GASSET, José, *La Deshumanización del arte y otros ensayos de estética*, Madrid, Espasa-Calpe, 2002 (Prólogo de Valeriano Bozal).
- , *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1993.
- , *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 2003 (Introducción de Manuel Granell).
- PARDO BAZÁN, La Condesa de, «Algo de crítica. Los conquistadores», *ABC*, Madrid, 30-12-1918.
- PÉREZ GALDÓS, «Prólogo» a SALAVERRÍA, José María, *Vieja España*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1907.
- PETRIZ RAMOS, Beatrice, *Introducción crítico-biográfica a José María Salaverría*, Madrid, Gredos, 1960.
- RUBIO, Jorge, «Un vasco analítico. Salaverría», *La Gaceta Literaria*, Madrid, 1 de julio de 1930, núm.85, p. 2.
- SÁINZ DE ROBLES, Federico, «Nota preliminar» a SALAVERRÍA, J. M., *La afirmación española; El muchacho español; Los conquistadores*, Madrid, Aguilar, 1953.

- , *Raros y olvidados (La promoción de El cuento semanal)*, Madrid, Prensa Española, 1971, pp. 55-58.
- SALAVERRÍA, José María, *El perro negro. Libro dividido en siete jornadas*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1906.
- , *Vieja España*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1907.
- , *A lo lejos: España vista desde América*, Madrid / Buenos Aires, Renacimiento, 1914.
- , *Cuadros europeos*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1916.
- , *La afirmación española*, Barcelona, Gustavo Gili, 1917.
- , *El muchacho español*, Madrid, Casa Editorial Calleja, 1918.
- , *Los conquistadores: el origen heroico de América*, Madrid, Rafael Caro Raggio, 1918.
- , *Espíritu ambulante*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1920.
- , *Los fantasmas del Museo del Prado*, Barcelona, Gustavo Gili, 1952.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel, «José María Salaverría y la profesionalización del escritor», *Revista de literatura*, LXV, 129, Madrid, CSIC, 2003, pp. 145-165.
- SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, «Reflexiones sobre el Fascismo. Carta a D. José María Salaverría», *ABC*, Madrid, 14-11-1928,
- TELLECHEA IDÍGORAS, J. Ignacio, *Miguel de Unámuno y José María Salaverría. Epistolario (1902-1935)*, San Sebastián, Instituto Dr. Camino de Historia Donostiarra / Fundación Social y Cultural KUTXA, 1995.
- VERDAGUER, Mario, «Los libros. Nuevos retratos», Barcelona, *La Vanguardia*, 9 de agosto de 1930.

## RESUMEN

*Una geografía imperial: Vieja España, de José María Salaverría*, por Andreu Navarra Ordoño.

José María Salaverría e Ipenza (1873 – 1940) publicó en 1907 *Vieja España*, su contribución al tema castellano definitorio de los escritores de la generación del 98. Galdós prologó el volumen e impulsó su publicación.

Las propuestas regeneracionistas del autor vasco, así como su valoración de la figura de Don Quijote, se oponen a la de sus compañeros de promoción cronológica (Unamuno, Maeztu y Azorín) y constituyen un acercamiento original desde posturas conservadoras y ultranacionalistas. Salaverría consideró ideas nocivas para la nación tanto la insistencia en la pobreza económica del país como la defensa del personaje cervantino como mártir redentor de la vida colectiva española. Salaverría postula un retorno a la sociedad medieval y aristocrática como único modo de reactivar la sociedad occidental.

**Palabras clave:** Regeneracionismo. Castilla. España. Nacionalismo.

## ABSTRACT

José María Salaverría e Ipenza (1873-1940) published *Vieja España* in 1907. This contributed to the Castilian issue, that defines the writing of the «Generación del 98». The preface to this text was written by Galdós, who also pushed forward with its publication.

The Regenerationists proposals from Salaverría, as well as his consideration of Don Quijote, are the opposite ones to his fellows' (Unamuno, Maeztu and Azorín). These proposals are an original approach from Conservative and Ultra-nationalists positions. According to him, to emphasise the poverty of the country, and the defending of the Cervantes' character as the martyr who redeems the Spanish collective life are dangerous ideas. From this point, Salaverría proposes the return to a medieval and aristocratic society as the only way for reactivate Occidental Society.

**Keywords:** Regenerationism. Castile. Spain. Nationalism.